



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8984

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirige al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE MAYOR 121.

SABADO 10 DE OCTUBRE DE 1891

Se venden en proporción 88 planchas de zinc ondulado para cubiertas de aguas, cuatro barandillas ó antepedros de terrado, de 20 palmos de largo, dos puertas para salas, un rejón y veinte viguetas de hierro de 20 palmos.

Dará razón calle del Aire número 29 confitería.

Vichy catalán. Véase el anuncio en la cuarta plana.

ECOS DE MADRID

9 Octubre 1891.

Cicerón preguntaba á Catilina, hasta cuando abusaría de la paciencia del Senado romano; sobre poco más ó menos nosotros podemos preguntar lo mismo á las empresas de ferrocarriles. Lo que sucede es horroroso. Se comprende que á los que están aun fuera, no les llegue la camisa al cuerpo, lo cual es sumamente perjudicial, sobre todo con el último cambio atmosférico que con tanto acierto ha predicho Noherlesoom.

Si bien es cierto que, por fortuna no se han repetido choques como el de Cantanilleja, aunque en menor escala ha habido dos ó tres en los últimos días y lo que es aun peor, hemos contagiado á la vecina república, porque entre Hendaya y Burdeos ha habido otro choque que, si no ha perjudicado á nuestros compatriotas, por lo menos los ha detenido en medio del camino cuando regresaban anhelosos á la madre patria.

Del castro de mi tierra no hay que hablar, pero como si esto no fuera bastante, también nos han dado los ferrocarriles dos notas dramáticas y una cómica.

Un alto empleado de la compañía del Norte penetra en un wagón en el que se cree completamente sólo porque ha visto en la portezuela la tablilla en que se lee la palabra *abonado*, desesperación de los viajeros que no tienen amigos en la estación y muy horondo y satisfecho se asoma á la ventanilla, saludando á sus amigos y cuando se vuelve dispuesto á artellarse en el cómodo asiento, se encuentra frente á frente con un desconocido con la cara tomada que, navaja en mano le pide la bolsa ó la vida.

Cerca de Lugo, según refieren los periódicos es también sorprendido y maltratado, con el mismo objeto, un pagador dependiente de la compañía. Como los detalles de estos sucesos han sido referidos hasta la saciedad, me limitaré á recordarlos, lamentándolos pero lo que no es posible dejar desapercibido es el encuentro que tuvo un inventor del ferrocarril de Norte. Al penetrar en el wagón reservado para las señoras, debajo de una de las banquetas y muy acurrucado encontró á un joven.

Según parece, este prójimo necesitaba viajar y, no teniendo dinero para pagar el billete, razón por la

qual, después de registrarlo bien, de ver que no llevaba armas y de tomar cuantos antecedentes se estimaron necesarios le dejaron en libertad; pero reflexionen un poco los lectores, y sobre todo las lectoras, lo que hubiera ocurrido si una señora huyendo de la sociedad de sus semejantes ó de los cigarros de los fumadores empeteridos, se hubiera metido en aquel wagón y hubiera descubierto al intruso. ¿Qué situación! En vano habría invocado la piedad de la señora expiciéndole los motivos de su permanencia en el coche reservado para las damas. La desdichada no habría bido sus palabras; se habría apresurado á caer de rodi las pidiéndole que respetase su vida entregándole el dinero y las alhajas ó, quien sabe si siendo muy nerviosa habría abierto la ventanilla y se habría precipitado por ella pasando desde Scifa á Caribdis ó, como quien dice, desde el desconocido á la vía férrea.

Vamos, es una cosa que hiela la sangre en las venas sólo al considerar el susto que se habría llevado la señora que se juzgase sola en el compartimento destinado exclusivamente al sexo bello.

En lo sucesivo todas las que viajen solas y se instalen en un wagón análogo, lo primero que deberán hacer es registrar por debajo del asiento como hacen los pupilá-nimes por las noches, antes de acostarse escudriñando el hueco que hay debajo de sus camas.

Las desdichas se han desencadenado de tal modo que ya no coje uno un periódico sin esperar la narración de alguna nueva catástrofe. Un incendio horrible en Santander, mejor dicho, dos incendios. El primero destruye 23 casas, el segundo que empieza en el hospital, obliga á trasladar á los enfermos á otro sitio. Asesinatos y robos por acá; incestos y parricidios por allá, y luego extrañan los novelistas melo-dramáticos que no se lean sus patibularias y fantásticas creaciones.

Al lado de lo que sucede, las páginas de Montepiñ y de Richembourg parecen idilios. Pero, ¿qué más! Hasta en ese espectáculo que tanto éxito ha alcanzado en los últimos meses, el juego de pelota, en el elegante «Jai-A-ai» de la calle de Alfonso XII, momentos antes de comenzar el gran partido que iba á servir de despedida á los Cayarres de la pelota, vascos y argentinos, uno de los operarios que, lleno de entusiasmo, colocaba un gallardete, se cayó al suelo de una gran altura, pero no para levantarse, porque el infeliz sucumbió.

Si no tenemos fuerza de voluntad, si no buscamos los medios de distraer la imaginación y tratamos de tranquilizar los latidos del corazón oprimido, vamos á acabar mal. Es necesario sacar fuerza de flaqueza, procurar que los autores cómicos echen el resto en las obras que entreguen á los teatros para que disipen nuestra tristeza y nos devuelvan la tranquilidad y la alegría que nos faltan.

De que hay buenos así mos

prueba concluyente el abono que ha realizado el teatro Real. Parece ser que este año ha aumentado el número de los «diletantis» ó, por lo menos, de los capitalistas porque el abono ha sido mayor que en los años anteriores.

Los demás teatros están muy animados. El de la Comedia reúne lo más selecto de la sociedad madrileña y lo mismo sucede en Lara y en Apolo, sin que por esto deje de asistir numeroso público de todas las clases sociales á Eslava, á la Alhambra y á la Zarzuela.

JULIO NOMBELA.

DESDE PACHECO

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.

Muy señor mío: La feria celebrada en esta villa del 1 al 6 del actual ha dado un brillante resultado, pues todas las paradas han estado ocupadas y varios puestos ambulantes, habiendo tenido los feriantes una buena venta en los géneros que cada cual ha traído, hasta el punto de solicitar se les conserven las paradas para el año inmediato; la concurrencia ha sido numerosísima elevándose el número de personas á más de 7000 que visitaron esta población en el día de la feria. Los festejos han dado mucho juego, los fuegos artificiales brillantes y las carreras de caballos y el juego de cintas han proporcionado dos tardes de distracción al pueblo resultando este festejo del agrado de todos. Se halló reñido gran número de transacciones en la feria de caballerías, lo cual prueba que queda de nuevo establecida esta feria, que tiene condiciones de vida por estar en el centro del campo. El salón de la feria adornado en lo posible y con una buena iluminación ha reunido en esas noches á las elegantes y bellas jóvenes de la patria que lucían sus ricos trajes bordados en oro á la vez que de las poblaciones inmediatas de Cartagena, La Palma, Pozo-Estrecho, San Javier, Píñar, La Unión y otras nos han favorecido con su asistencia, siendo esta tan numerosa que no se podía transitar con facilidad.

Quedará por todo ello los vecinos de este pueblo agradecidos á la comisión de festejos y á los forasteros que nos han honrado con su asistencia, y particularmente al jefe de la Guardia civil de este puesto por haber sabido conservar el orden.

Sin otra cosa por hoy le doy las gracias anticipadas quedando de Vd. afectísimo s. s.

Q. B. S. M.
Victor Pérez.

VARIEDADES

COLABORACIÓN INÉDITA.

LA TALENTA.

No sé qué viejo desesperado, regañón é insoportable, decía despreciativamente, cuando se hablaba de la sabiduría femenina, que las mujeres no tenían talento; que lo que tenían era *talenta*.
—Y como la vida ofrece dos lentos

para mirar las cosas; uno de los quince hasta los cuarenta, y otros de los cuarenta en adelante, el viejo á que me refero no convenía más que á la mitad de su auditorio.

Los casados que llevan siquiera cuatro años de *campaña* le daban la razón; los muchachos que aun hacían el *cadete* se sonreían con incredulidad y se comunicaban por lo bajo alguna broma inspirada en la partida de bautismo del viejo.

«Alguno más atrevido le decía: —Vamos á ver, D. Nemesio: ¿y las muchachas casaderas del año 50? ¿qué tenían?»

—¡Oh! Aquellas tenían un talento macho, ¿no vé Vd. que entonces acababa yo de salir de la escuela de Infantería y era un *Salomón*? Si en lugar de la levita de oficial me hubieran echado encima una albardilla, habría estado más en carácter; en cuanto me pasaban la mano por el espinazo, coceaba y saltaba lo mismo que un buche. En estas condiciones ¿qué habían de parecerse las muchachas casaderas? Prodigios de sabiduría.

—¿Y la perdieron luego? —Como yo las ganas de revolcarme por el prado. La edad y las circunstancias me hicieron ver claro lo que antes veía turbio, y comprendí que las mujeres discurren como las carpas.

—¡Atiza! —Eso si las carpas machos tienen motivos de queja de las carpas hembras; que pueden no tenerlos.

—No sea Vd. atroz, D. Nemesio: en todo tiempo ha habido mujeres listas y mujeres tontas.

—Y hombres más tontos que las mujeres.

—Muchas gracias. —Pero venga Vd. acá, criatura. Que la muger sea lista ó tonta importa poco. Si la más lista no ha pisado nunca la cocina y se empeña en hacer un pastelito, se lo comerá Vd. si puede, que lo que es yo...

—De modo que es cuestión de educación?

—Naturalmente. Al hombre se le enseña multitud de cosas: á la muger se le enseña una, á trastear al hombre: llega el novio que es el terreno en que la muger puede ostentar y hacer gala de lo que ha aprendido, es la *práctica del trasteo*; la muger se revela como maestra consumada; la conservación del novio no consiente salir de ese terreno, y siempre en él, admira la sabiduría de la muger, y cree que ella sabe todo lo que hay que saber, porque sabe trastearlo.

—¿Y le parece á Vd. poca ciencia?

—Y tan poca! Mire Vd. se ha dado el caso de que un preso haya educado y tenido por amiga una araña.

—Es verdad.

—Pues bien; el presidiario no tenía talento; es que no tenía para cosa que hacer. Ponga Vd. una chiquilla detrás de los cristales de un balcón y póngase Vd. á hacer la araña, calle arriba, calle abajo, y esto un año y otro, desde que la chica tiene doce ó catorce, hasta que se casa á los 24; (cuando Vd. se cansa, vendrá otro); y comprenderá us-

ted que en la cara y en la manera de vestir y en la manera de andar y hasta en el modo de llevar el sombrero, la mujer conoce al hombre apenas ha dado él cuarenta pasos; mientras que el hombre solo sabe de ella lo que le permiten ver los cristales, que son unos ojos muy dormidos, con unas pestañas muy largas, un cabello muy negro y otras chucherías por el estilo, que no dan la menor idea de las habilidades de la mujer ni de su carácter. Y luego viene el matrimonio, empiezan los problemas y las dificultades y las cosas serias de la vida, y la mujer que sigue sabiendo mucho de cosas de muchacha, discute como un chorlito en las ocasiones y lances más críticos.

—¿De modo que Vd. está por las médicas y abogadas?

—Si; estoy por que las envíen á un manicomio.

—Entonces...

—¡Don Nemesio está cogido!

—Vd. se contradice Don Nemesio.

—Cuando acaben ustedes de gritar me explicaré.

—Vamos á ver.

—No creo yo que holgarian en la educación de la mujer ciertos conocimientos que le servirían para gobernar su casa; por ejemplo, con saber perfectamente lo que pasó en la batalla del Salado puede salir muy soso el puchero y se puede cuidar muy mal á un niño con la regla de tres, apenas si de poco tiempo á esta parte se escribe algún libro que otro de los que deben estudiar las mujeres, y se pueden escribir muchos con conocimientos industriales, higiénicos, fisiológicos, muy útiles; pero...

—Pero todo eso lo enseña la experiencia, D. Nemesio.

—Ningún hombre Vd. de la experiencia, Vd. no sabe lo que es; yo sí; y por que la, conozeo puedo decir á Vd. que no sirve para nada. Siempre llega tarde. ¿De qué me sirve á mí? Además la experiencia no ha evitado que á nosotros nos fuéramos nacer, hándonos como si fuéramos un cigarrillo (y así hay tanta hernia por esos mundos de Dios) hasta que los ingleses nos han enseñado cómo se envuelve un niño, pero esto es lo de menos.

Las mujeres debieran aprender muchas de esas cosas útiles, y además, y esto es lo más importante, hombre y mujer deberían conocerse mutuamente y estudiar así la ciencia de la vida.

¡Caracoles! ¡D. Nemesio!

—No se asuste usted porque no voy á inventar nada; está ya inventado y puesto en práctica por ingleses é inglesas y americanos y americanas del Norte que se tratan con alguna libertad y no tienen esta división de sexos que vemos en las escuelas, en los paseos, en las reuniones y que ustedes no han conocido en el teatro, pero yo sí. Nos crían separados unos de otros, crecemos sin idea de lo que es la mujer, si de su trato influya en nuestro modo de ser, sabiendo únicamente que nos guardan ese misterio para el día de mañana, y llega un día en que se despierta el instinto, lo aviva la privación de trato, grita la Naturaleza, empuja la pasión y vamos al